

La nueva estrategia imperial

La nueva doctrina del gobierno George W. Bush representa un significativo viraje histórico de la política externa norteamericana. Desde el final de la Segunda Guerra Mundial los Estados Unidos establecieron dos grandes objetivos en su política exterior: la lucha contra el bloque dirigido por la entonces Unión Soviética, y la consolidación de su liderazgo en el bloque capitalista¹⁰. Concluida la Guerra Fría, con su victoria los Estados Unidos dislocaron para el segundo punto sus energías, en condiciones favorables por ser la única superpotencia, pero enfrentando la ausencia de un enemigo comunista como factor de cohesión interna del bloque capitalista. Este enemigo se fue desplazando en la estrategia norteamericana, en un primer momento para el “narcotráfico” y para “movimientos terrorista”, siendo Colombia el ejemplo más claro, por la supuesta combinación de los dos, en la categoría de “narcoguerrillas”. De allí la importancia atribuida a la operación de invasión de Panamá y el secuestro de su entonces presidente, Manuel Noriega, acusado de favorecer el narcotráfico proveniente de Colombia.

La invasión de Kuwait por Saddam Hussein permitió el desenvolvimiento de la otra vertiente -que tiene en el “terrorismo islámico” su imagen preferencial- que los ataques a las torres gemelas en 2001 vinieron a completar. El “nuevo orden mundial” anunciado por Bush padre proyectaba un mundo pacífico tranquilo y ordenado, sobre el comando de la única superpotencia. Tony Blair se apuró en reformular la doctrina de la OTAN, retirándole definitivamente el carácter defensivo contra una eventual invasión soviética, y transformándola en tutora de ese nuevo orden. El bombardeo de Yugoslavia representó el estreno de esta nueva doctrina. La “guerra infinita” es el nuevo elemento, que desemboca en la teorización de la actual doctrina del gobierno Bush.

Los fundamentos de la nueva doctrina norteamericana

El documento en que se fundamenta la nueva estrategia imperial norteamericana, cuya autoría es de Robert Kagan¹¹, comienza por lo que considera la desmitificación de que los Estados Unidos y Europa comparten la misma visión del mundo. Europa se estaría distanciando del poder mundial, dirigiéndose un mundo de autocontención basado en leyes y en normas, en las negociaciones y en la cooperación.

Los europeos tendrían más conciencia de los contrastes, incluso porque les tendrían un temor mayor. Los intelectuales europeos, en particular, serían los más concientes de que no comparten más la misma “cultura estratégica”. Como norteamericano viviendo en Europa, Kagan cree estar en mejores condiciones para captar esas diferencias. La caricatura europea más extrema caracterizaría a los Estados Unidos como dominados por una “cultura de la muerte”, con su temperamento guerrero, producto de una sociedad violenta en que todos tienen armas y en la que rige la pena de muerte.

Los Estados Unidos apelaron más rápidamente a la fuerza, siendo menos pacientes con negociaciones diplomáticas de Europa. Los norteamericanos tienden a ver el mundo dividido entre el bien y el mal, entre amigos y enemigos, en comparación con las visiones europeas, más complejas. Enfrentando adversarios, los Estados Unidos tienden a apelar la coerción más que a la persuasión, enfatizando las puniciones en la búsqueda de alterar el comportamiento de los mismos. “Ellos quieren resolver los problemas, eliminando amenazas”¹². Todo eso los llevaría a tender hacia el unilateralismo, menos inclinados a actuar por medio de la ONU y a trabajar de forma cooperativa con otras naciones, más escépticos con relación a las leyes internacionales, más dispuestos a actuar independientemente de los organismos internacionales.

Los europeos se caracterizarían por una mayor tolerancia, por el uso de la sutileza y la sofisticación, tratando de influenciar a través de tales mecanismos. Serían más tolerantes con el fracaso, más pacientes con soluciones que no aparecen inmediatamente, favoreciendo salidas pacíficas, negociaciones diplomáticas y la persuasión en vez de la coerción. Son más propensos a apelar a las leyes, a las convenciones y a la opinión pública internacionales en la

resolución de disputas. Los europeos tenderían a usar los vínculos comerciales para congregar las naciones, creyendo con eso poder forjar alianzas duraderas.

Ese cuadro, evidentemente caricaturesco, tendría sus matices: los británicos estarían más próximos a la visión de los norteamericanos que sus compañeros europeos. Y mismo en los Estados Unidos habría diferencias significativas con los demócratas, pareciendo constantemente más “europeos” que los republicanos. Según Kagan, hasta el propio secretario de Estado Colin Powell parecería más “europeo” que el Secretario de Defensa Donald Rumsfeld.

Aunque caricaturescas, para Kagan estas tesis captarían una verdad esencial: los Estados Unidos y Europa serían hoy fundamentalmente diferentes; y Powell y Rumsfeld tienen más en común que Powell y ministros de relaciones exteriores europeos como Hubert Védrine o mismo Jack Straw. Al momento de utilizar la fuerza, los demócratas norteamericanos tienen más en común con los republicanos que con gran parte de los socialistas y socialdemócratas europeos. El gobierno Clinton tiene más que ver con sus bombardeos a Irak, a Afganistán, a Sudan y a Yugoslavia, ante lo cual los europeos habrían vacilado mucho más, según Kagan.

La cuestión central para él es: ¿cuál es la raíz de las diferentes perspectivas estratégicas?

Esta postura europea es básicamente nueva, representando una evolución de la cultura estratégica que dominó Europa durante siglos, hasta la Primera Guerra Mundial. Pero de la misma forma que los europeos descienden del iluminismo, los norteamericanos también son hijos de éste. Por lo tanto, no es la filiación doctrinaria la que pueda explicar las diferencias entre ellos. Para Kagan, lo que los diferencia es que el discurso norteamericano de los siglos XVIII y XIX se asemejaría mucho al discurso europeo de hoy. Sucedió que, dos siglos después, norteamericanos y europeos mudaron de posición y, en consecuencia, de perspectivas. Cuando los Estados Unidos eran débiles en relación al poder europeo, practicaban estrategias de acción indirecta, estrategias de flaqueza. Ahora, cuando los Estados Unidos son fuertes, actúan como las potencias fuertes acostumbran hacerlo. Cuando Europa era una gran potencia creía “en la fuerza y en la gloria marcial”. Ahora ella ve el mundo con los ojos de potencia enflaquecida. La fuerza y/o la flaqueza producen estrategias distintas, discursos distintos, percepciones distintas de los riesgos y hasta mismo de los medios de acción y cálculos de interés.

La flaqueza europea dataría de la Segunda Guerra Mundial, aunque permaneciese oscurecida hasta hace poco tiempo. La destrucción de las potencias europeas y su incapacidad para mantener sus colonias en África, Asia y Medio Oriente las forzó a una retirada en gran escala, después de más de cinco siglos de dominación imperial, en lo que tal vez haya sido la más significativa retirada de influencia global en la historia humana. La Guerra Fría habría enmascarado esa flaqueza -la pérdida de centralidad estratégica con su final.

Este final no proyectó un mundo multipolar, con Europa elevando su protagonismo, pero bastaría el conflicto en los Balcanes a comienzos de los años noventa para que se revelase la incapacidad militar de Europa. El conflicto de Kosovo demostró la distancia tecnológica entre Europa y los Estados Unidos. Con el fin de la Guerra Fría, Europa disminuyó sus gastos de defensa gradualmente menos del 2% de su PIB, mientras los Estados Unidos trataron de ganar dividendos con la paz: sus presupuestos de defensa disminuyeron o permanecieron estables durante gran parte de los años noventa, aunque estos gastos permanecieron siempre encima del 3% del PIB norteamericano. Si aumentase a 4%, eso representaría un pequeño porcentaje de la riqueza nacional gastada en la última mitad del siglo, (a fines de los años ochenta, los gastos norteamericanos en defensa estuvieron en torno del 7% del PIB).

El colapso de la Unión Soviética aumentó el peso relativo del poderío norteamericano, haciendo que los Estados Unidos pasaran a tener la posibilidad de intervenir prácticamente donde quisieran, con la proliferación de intervenciones: la invasión de Panamá en 1989, la guerra del Golfo en 1991, la intervención en Somalia en 1992, seguidas por las intervenciones en Haití, Bosnia y Kosovo, valiéndose de nuevas tecnologías militares y de comunicación, que marcaron un salto cualitativo de su capacidad de acción militar.

Esta superioridad militar norteamericana produjo, según Kagan, la propensión a usar la fuerza. Quedó claro en los últimos conflictos, en particular en las negociaciones previas al bombardeo de Kosovo, cómo los europeos intentaron hasta último momento encontrar una solución negociada, sin éxito, y cómo los norteamericanos entraron en escena para “resolver”

militarmente el conflicto. Para Kagan, la debilidad militar europea produjo lo que considera “una perfectamente comprensible aversión a ejercer el poderío militar”.

En un mundo anárquico, según este autor, los pequeños poderes siempre temen ser víctimas, en cuanto los grandes poderes, a su vez, frecuentemente temen las reglas -que pueden condicionarlos- más de lo que temen la anarquía, en que su poder trae seguridad y prosperidad. La afirmación sirve como un guante para justificar la tesis norteamericana de un “imperio del bien”, que, como veremos más adelante, sería requerida por un mundo incapaz de gobernarse a sí mismo. “Los Estados Unidos podrían ser un poderío hegemónico relativamente benigno” -afirmación que será rescatada, prácticamente idéntica, en los documentos oficiales del gobierno Bush. Los norteamericanos serían llamados *cowboys* por los europeos. Kagan dice que los Estados Unidos de hecho actúan como un *sheriff* internacional, autonominado, aunque, según su punto de vista, saludado en ese papel, intentando llevar un poco de paz y justicia a lo que los norteamericanos ven como un mundo sin ley, y en el que los fuera-de-la-ley necesitan ser destruidos y frecuentemente sometidos por las armas.

De allí que el objetivo de la política exterior europea fue, según un observador europeo, “multilateralizar los Estados Unidos”, lo que, en la lógica de Kagan, derivaría de su incapacidad para el unilateralismo. Los Estados Unidos, según él, tendrían una nada razonable demanda de seguridad “perfecta”, resultado de su forma de vida, por siglos protegidos por dos océanos, situación radicalmente diferente de la europea, durante siglos involucrada en guerras, agresiones, invasiones. Así, para Kagan, los europeos habrían concluido, razonablemente, que la amenaza planteada por Saddam Hussein es más tolerable para ellos que el riesgo de sacarlo del poder, una tolerancia que sería el producto de la debilidad y de quien, después de los atentados del 11 de septiembre de 2001, tuvo que enfrentar menos amenazas que los Estados Unidos. Washington habla de “amenazas” externas como “la proliferación de armas de destrucción masiva, terrorismo y ‘Estados vagabundos’”, en cuanto los europeos las encaran como “amenazas” internas, como “conflictos étnicos, migración, crimen organizado, pobreza, degradación ambiental”. Kagan se pregunta si esa visión europea no derivaría de ella ser militarmente débil y económicamente fuerte.

Además de eso, “protegida” por una potencia que considera que puede participar al mismo tiempo de cuatro guerras, Europa aumentó sus gastos militares de 150 a 180 billones de dólares en los años noventa, mientras los Estados Unidos aumentaron sus gastos militares directos en 280 billones por año. Actualmente los norteamericanos están gastando no menos de 500 billones anualmente.

Sintiéndose como representantes de la civilización, Europa asumiría como misión la transmisión de esta herencia al resto del mundo, anclada en la idea de la convivencia pacífica, que le propició la unificación de un continente convulsionado, décadas antes, por guerras devastadoras. El poder norteamericano y su disposición para resolver los conflictos unilateralmente mediante la fuerza surgirían como un obstáculo para esa misión europea. Sin embargo, Kagan tiene que confesar que las diferencias internas de Europa -particularmente aquellas introducidas por la proximidad estratégica de Gran Bretaña con los Estados Unidos- hacen que la “política externa de la Europa unificada sea probablemente el más débil de todos los productos de la integración europea”.

No se trata de una debilidad fortuita, recuerda él, para quien “la Europa de hoy es en gran medida el producto de la política externa norteamericana”. El nuevo escenario mundial en el final de la Segunda Guerra permitió a los Estados Unidos hacer de Europa un aliado estratégico contra la Unión Soviética y al mismo tiempo disminuir su importancia en el plano del poder mundial.

Kagan reafirma su convicción de que los “Estados Unidos son una sociedad liberal, progresista”. Sin embargo, “el problema es que los Estados Unidos precisan a veces actuar conforme las reglas de un mundo hobbesiano, aún cuando al hacerlo violen las normas europeas”. Los Estados Unidos tienen que negarse a actuar conforme convenciones internacionales que pueden bloquear su capacidad de actuar con efectividad. “Ellos precisan apoyar el control de armas, aunque no siempre para ellos mismos”, ejemplifica Kagan.

Pocos europeos estarían dispuestos a admitir que ese comportamiento norteamericano “beneficia el mundo civilizado, que el poder norteamericano, aunque empleado con un doble criterio, puede ser el mejor medio para hacer avanzar el progreso humano -y tal vez el único

medio". No se trataría de un problema del gobierno Bush, sino de un problema "sistémico", para Kagan. Por eso concluye su trabajo sentenciando que:

"Los Estados Unidos se volverán menos inclinados a oír o tal vez hasta mismo a tener en cuenta a los otros. Podrá llegar el día, si es que todavía no llegó, en que los norteamericanos no prestarán mayor atención a los pronunciamientos de la Unión Europea que a los pronunciamientos de los países del Sudeste asiático o a los del Pacto Andino".

La nueva doctrina imperial

La nueva doctrina de guerra norteamericana está resumida en el documento llamado "La estrategia de seguridad nacional y los Estados Unidos", datado en septiembre de 2002, un año después de los ataques a las torres gemelas. El documento sepulta conceptos básicos de las estrategias anteriores de los Estados Unidos, como "disuasión" y "contención", inclusive conceptos tradicionales como los de "alianza", de "ayuda internacional" y de "relaciones entre Estados fuertes y débiles".

Más que un cambio de línea en la política exterior, se trata de una nueva doctrina estratégica, en la que desembocan las concepciones que fueron siendo maduradas por la oposición republicana al gobierno Clinton, que incluyen una crítica radical del estado de bienestar y de sus concepciones sobre la pobreza, así como una desconfianza en relación a la tecnología y a la intelectualidad. Recordemos que, en el pasaje de 1960 a 1970, el entonces presidente republicano Richard Nixon había asumido la hegemonía del estado de origen rooseveltiana al afirmar: "Somos todos keynesianos". Desde entonces los Estados Unidos vivieron la contra-revolución reaganiana, a la que siguieron los dos mandatos de Clinton, en la misma dirección, y que culminó en el principio de la "tercera vía", según la cual "no hay beneficio sin contrapartida", apuntando a la nueva "filosofía" de culpar a los pobres por la pobreza. Los republicanos asumieron su nuevo enfoque bajo el nombre de "conservadurismo con compasión", que parte de un ajuste de cuentas con el concepto de pobreza articulándolo con sus nuevas preocupaciones estratégicas.

Esta nueva derecha, sucesora más radical todavía del "reaganismo", se expresó mediante órganos de la prensa, como el diario *Washington Times*, el canal de televisión *Fox* y el programa radial *Rush Limbaugh Talk Show* -expresiones de las nuevas elaboraciones estratégicas que desembocaron en la campaña del tejano George Bush, en la composición de su gobierno y finalmente en la reacción a los atentados del 11 de septiembre.

Los epicentros de la nueva política imperial están en Medio Oriente -en particular en Palestina- y en Colombia -en donde la evolución de la vecina Venezuela hizo ampliar el campo de acción. Los dos terrenos permiten articular los conceptos de "lucha contra el terror" con intereses petrolíferos, dando así una expresiva connotación estratégica a ambos. A diferencia, por ejemplo, de Corea del Norte, incluida en el "eje del mal", por ser sobreviviente del modelo de economía centralmente planificada y por poseer, confesadamente, armamento nuclear, con amenazas para un aliado estratégico de los Estados Unidos en la región, Corea del Sur. Así, el diferencial entre, por ejemplo, Irak y Corea del Norte -aún si esta confiesa el porte de armamento nuclear, negado por aquél, como se puede notar inmediatamente- deriva de la presencia del petróleo. La combinación entre intereses petrolíferos y la industria bélica constituye, en verdad, el eje central de los intereses corporativos que sustentan el gobierno Bush.

En Palestina, como ya afirmaron algunos portavoces del gobierno norteamericano, lucharían contra el chantaje "terrorista" que, de ser aceptado, según ellos, conduciría a consagrar el método como forma de buscar soluciones negociadas. De allí el apoyo incondicional a las políticas agresivas de los gobiernos israelíes, en la búsqueda de la derrota política y militar de los palestinos. Y, de igual manera, el apoyo a la nueva ofensiva de militarización del conflicto colombiano y de las formas -veladas o abiertas- de incentivo al derrocamiento de Hugo Chávez en Venezuela.

Medio Oriente se presta, además de esto, a una contraposición más abierta frente a lo que los Estados Unidos consideran su superioridad esencial - sus avances materiales. Un tópico

incluido en la agenda norteamericana a partir de su nueva doctrina fue la lucha por el derrocamiento de los gobiernos de Arafat y de Saddam Hussein, que serían sustituidos, en la lógica norteamericana, por gobiernos “modernos”, democracias de estilo occidental, que servirían de parámetros para otros movimientos similares, como forma de repetición del modelo desestabilizador puesto en práctica en el Este europeo y que permitió la transformación de los modelos de estilo soviético en “democracias de mercado”, conforme el diseño occidental.

La cuestión de la pobreza es particularmente central, porque articula la crítica radical del Estado de bienestar y su diagnóstico del tema con la nueva visión político-militar de los Estados Unidos, además de supuestamente permitir el dominio de un tema a partir del cual sería posible hacer un diagnóstico sobre la contraposición entre la riqueza de los Estados Unidos y la pobreza de gran parte del resto del mundo.

Si en la Guerra Fría era en el poderío de otra superpotencia que residía el riesgo para la seguridad de los Estados Unidos, en el período actual sería la pobreza, asociada a la ignorancia y a la propensión a fundamentalismos religiosos, a la envidia de la riqueza norteamericana, a la insensibilidad del apelo al consumismo como instrumento de propaganda norteamericana.

Los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001 enseñaron que los Estados flacos, como Afganistán, pueden constituir un grave riesgo para nuestros intereses nacionales, tanto como los Estados fuertes. *La pobreza no puede transformar a los pobres en terroristas y asesinos.* No obstante, la pobreza, las instituciones débiles y la corrupción pueden tornar a los Estados flacos vulnerables en relación a los desafíos terroristas y a los traficantes de drogas dentro de su territorio¹³.

Este abordaje muestra el tamaño de la mudanza de abordaje del actual gobierno norteamericano en relación a aquel otro tradicional. La concepción del “Estado de bienestar social” como acción compensadora de las desigualdades producidas y reproducidas por el mercado, y que atribuía al estado un papel regulador de los conflictos, es sustituida por la crítica a tal concepción considerada ahora como medio de “corrupción”, como caridad compensatoria que, en la práctica, acabaría siendo una invitación para actividades antisociales.

La relación entre ricos y pobres es redefinida: los pobres -y los países pobres- ¿serían indefensos y deberían ser ayudados, con el riesgo de condenarlos a una subalternidad permanente, o serían personas como todas las otras, que podrían inclusive tener ayuda, siempre y cuando demostrasen disposición para superar su situación? ¿La pobreza sería un estado pasivo o activo? Se trata en los Estados Unidos de un debate de política interna, pero que obviamente subsidia la política exterior norteamericana.

El estado de bienestar social fue definitivamente enterrado por Bill Clinton, cuando incorporó uno de los elementos de la “tercera vía”, presente también en el gobierno de Tony Blair: ninguna ayuda será dada sin contrapartida. El abandono, por lo tanto, no es un estado que deba ser atendido sin ningún otro criterio.

En las palabras de Richard Perle, ex asesor del Secretario de Defensa de Ronald Reagan, uno de los formuladores de la política del actual presidente de los Estados Unidos sobre Irak y presidente del *Defense Policy Board* (Consejo de Política de Defensa), que trabaja para el Pentágono, en declaración dada a la Comisión de Asuntos Exteriores del Congreso de los Estados Unidos afirmaba:

“Déjeme decir inmediatamente que la idea de que la pobreza sea la causa del terrorismo, a pesar de ser ampliamente aceptada y frecuentemente discutida, no está probada. Que la pobreza no sea solamente una causa, sino verdaderamente “una causa en la raíz”, lo que implica ser una fuente esencial de la violencia terrorista, es por cierto casi una afirmación falsa y hasta peligrosa, constantemente invocada para absolver a los terroristas de su responsabilidad o para disminuir su culpa. Se trata de un prejuicio liberal que, de ser aceptado, puede llevar la guerra contra el terrorismo al callejón sin salida de un gran proyecto de desarrollo del Tercer Mundo”.

Su conclusión es que, una vez aceptado el argumento de la pobreza, serían absueltos los que formulan y difunden ideas consideradas extremistas, como aquellas que son predicadas en tantas mezquitas de Medio Oriente. La conclusión es que “todos deben prestar cuentas”, todos

deben ser considerados responsables, tanto por su pobreza cuanto por su comportamiento; la pobreza no puede ser utilizada como disculpa. De allí el énfasis mayor en los planos educacionales que en los planos sociales, más en la conciencia de los actos que en el rescate de la miseria y del abandono, fundada en el principio de la responsabilización.

Un mundo de riqueza cercado por un mundo de pobreza, de cualquier manera, no podría ser ni justo ni estable. Sin embargo, toda ayuda proporcionada a esos países no alteró la situación. Las instituciones internacionales responsables deberían ser reformadas, para incorporar modalidades de responsabilización, de la misma forma que el FMI somete los préstamos a una carta de intención, en verdad duras contrapartidas para los recursos que provee. En este caso, la ayuda sería condicionada a reformas políticas internas y a resultados que pudieran ser constatados en el plano económico y social; en el plano político, el compromiso de no contribuir e impedir la circulación de armamento de exterminio masivo y de colaborar con el combate al terrorismo y al narcotráfico.

Se plantea entonces el problema de quién hará el control y quién decide sobre los criterios de tal control, que en este caso obviamente coloca los parámetros norteamericanos como nación de referencia -“guardián de la civilización occidental”, expresión que volvió a circular con profusión en los discursos del gobierno y de la prensa de los Estados Unidos.

El documento no deja dudas sobre el papel imperial de los Estados Unidos en la responsabilidad por la “*pax mundial*”:

“Defendiendo la paz disfrutaremos también la oportunidad histórica de preservar la paz. Hoy la comunidad internacional tiene la primera gran oportunidad, desde el nacimiento de los Estados nacionales en el siglo XVIII, de construir un mundo en que las grandes potencias puedan competir en paz al contrario de preparar incesantemente la guerra. Hoy las grandes potencias del mundo se encuentran del mismo lado, unidas por el peligro común de la violencia y del caos producido por el terrorismo. Los Estados Unidos continuarán construyendo estos intereses comunes para promover la seguridad global. Los Estados Unidos se aprovecharán de esta oportunidad para extender los beneficios de la libertad para el mundo entero. Trabajaremos activamente para llevar la esperanza de la democracia, del desarrollo, del libre mercado y del libre comercio para todos los rincones del mundo”¹⁴.

Complementando, se afirma que los Estados Unidos apoyarán firmemente a todos los países que actúen de forma determinada para construir un mundo fundado en la libertad, en el libre comercio y en el libre mercado - con los tres términos siempre estrechamente asociados, como si la ideología de la democracia liberal fuese obligatoriamente el liberalismo económico extremo del neoliberalismo. La conclusión no deja dudas sobre el papel que los Estados Unidos asumen: “Los Estados Unidos aceptan de buen grado su responsabilidad en la conducción de esta gran misión”. Y esta disposición deja claro que será accionada unilateralmente cuando juzguen que sus intereses están siendo perjudicados por la falta de coincidencia entre las grandes potencias y los organismos internacionales.

La nueva estrategia militar norteamericana es en realidad producto de la confluencia de dos fenómenos, y no apenas resultado de los atentados de septiembre del 2001. Uno de ellos - analizado en el capítulo “¿Dónde estamos?”, de este libro- fue el paso de la economía norteamericana de un ciclo de siete años de expansión a la recesión -cuyo inicio fue reconocido oficialmente en el primer trimestre de 2001. Este pasaje ya obligaría a los Estados Unidos a mudar su discurso anterior, vuelto hacia el “libre comercio” y para el apelo al consumo. El mensaje era que la apertura de las economías posibilitaría que los países tuviesen acceso a las tecnologías más modernas, a los bienes de consumo disponibles en los Estados Unidos, al progreso y al desarrollo económico.

En el período Clinton -en el que los Estados Unidos gozaron de una cierta luna de miel del Nuevo Orden Mundial anunciado por Bush padre, abonada por un nuevo ciclo de crecimiento económico norteamericano, aliado a la situación de única superpotencia mundial-, el discurso de los Estados Unidos unía democracia liberal, derechos humanos y libre comercio. Las intervenciones bélicas con carácter “humanitario” en África y Yugoslavia fueron la principal innovación del período, cuando los Estados Unidos se apropiaban plenamente del desdoblamiento de la lucha entre democracia y totalitarismo, que venía del período de la

Guerra Fría. Identificado con la democracia e identificando democracia política con liberalismo económico, el discurso norteamericano pudo todavía exhibir la expansión de su economía y las renovaciones tecnológicas que ponía en práctica como consecuencias directas del mismo discurso. La polarización globalización-nacionalismo favorecía la consolidación de este discurso, porque pasaba al mismo tiempo a la dicotomía progreso-atraso.

La guerra surgía como un instrumento extremo, para casos como el atentado contra la soberanía de un aliado estratégico -como Irak en relación a Kuwait- o el de Yugoslavia, para proteger una etnia en extinción. En estos dos casos, los Estados Unidos pudieron contar primero con el apoyo de la ONU y con la condena internacional a la invasión de un país, y, segundo, incluso con la participación activa de organismos de derechos humanos. En los dos casos, gran parte de la intelectualidad europea, incluso aquella originariamente de izquierda, se unió a los Estados Unidos, contribuyendo decisivamente a oscurecer el carácter imperial de la intervención norteamericana, suavizándola inclusive con la teoría de las “guerras justas” - retomada por Norberto Bobbio.

Esta fue la primera etapa del período de unipolaridad norteamericana del cual 2001 representa el pasaje a la segunda etapa.

Los ataques de septiembre de 2001 no representaron una mudanza de período histórico. Esta mudanza se dio en el pasaje entre el mundo bipolar de la segunda posguerra a la unipolaridad del fin de la Unión Soviética y de la consagración de los Estados Unidos como única superpotencia. Este elemento estructural del nuevo período no se alteró con los atentados de septiembre de 2001, por más traumáticos y espectaculares que hayan sido.

Estos atentados, unidos a la recesión que había llegado en el primer trimestre de 2001, produjeron una reacción del gobierno norteamericano, que alteró su discurso y sus prioridades de acción interna y externa, definiendo una nueva coyuntura en el mundo, por el peso y por la implicancia que las acciones norteamericanas poseen en la actualidad. Esta nueva coyuntura representa el ingreso del mundo en un período de turbulencia, en que se unen recesión y guerra -una combinación siempre explosiva.

La nueva doctrina de seguridad norteamericana viene a consolidar ese pasaje, dándole fundamentos doctrinarios y formulando nuevas estrategias de acción. Cambia el eje, del apelo al consumo sofisticado por la vía de la apertura de las economías a la lucha contra el terrorismo. Cambian las prioridades, se disloca el eje territorial prioritario para Asia, se alteran los aliados fundamentales.

Los aliados, en el período anterior, eran prioritariamente las otras potencias económicas, agrupadas en el G-8, en la OMC, en el FMI y en el Banco Mundial, dirigiendo el nuevo orden económico mundial y valiéndose de la ONU y de la OTAN como fuerza militar. El Forum Económico de Davos era la vidriera de la euforia económica y del exhibicionismo de la riqueza concentrada como evidencia del éxito de los modelos propuestos. El Banco Mundial ya había cambiado su discurso, buscando integrar políticas sociales, sin alterar el modelo económico que provocó las graves consecuencias sociales.

En la nueva coyuntura, los aliados fundamentales pasan a ser medidos por la estrategia de guerra del gobierno norteamericano. Europa occidental, sea por su resistencia política a los Estados Unidos, sea por su pérdida de importancia estratégica, pierde peso. Lo mismo sucede con América Latina, que ya había visto rebajado su papel en las dos décadas anteriores. En compensación, pasan a desempeñar un papel de aliados más importantes Rusia y China, especialmente en lo que se refiere al Asia Central.

La segunda guerra de Irak introdujo un nuevo tipo de imperio. Los Estados Unidos combinan ocupación militar con tentativa de reconstrucción de un país destruido, de acuerdo a los cánones de la democracia liberal y de la economía capitalista de mercado, buscando hacer de Irak una especie de Japón del Oriente Medio. En nombre del “mundo civilizado”, el gobierno Bush creó una Oficina para la Reconstrucción y la Asistencia Humanitaria. “Hubo un tiempo en que muchos decían que las culturas de Japón y de Alemania eran incapaces de asumir valores democráticos”, dice el presidente norteamericano. “Pero ellos estaban errados. Algunas personas dicen lo mismo de Irak hoy. Ellos están errados... La nación de Irak... es plenamente capaz de moverse en la dirección de la democracia”, reitera él, confiando en la universalidad de los valores del liberalismo. En Irak se instalaría una “democracia” que serviría de “inspiración y ejemplo de libertad para otras naciones de la región”. “Un éxito en Irak podría dar inicio a un

nuevo estadio para la paz en Medio oriente”, dice Bush, y “poner en práctica un proceso para un Estado palestino verdaderamente democrático”, revelando cómo, para el gobierno de los Estados Unidos, “el camino para Jerusalén pasa por Bagdad”, según *The Economist*.

Entretanto, esta tentativa se hace cuando la pujanza de la economía norteamericana ya no es la misma de la segunda posguerra, aún cuando mantenga un fuerte poder de atracción, revitalizado por la desaparición de la Unión Soviética y de los modelos centralmente planificados. Esta ofensiva tampoco puede contar con el consenso general en el bloque de potencias capitalistas y tiene que enfrentarse con aliados como Rusia y China, con los cuales los Estados Unidos pueden contar de forma intermitente, tal la complejidad de los intereses de estos países y de sus gobiernos.

Si el discurso del “libre comercio” tenía un potencial hegemónico que incluía el bloque de potencias capitalistas -con diferencias sectoriales, pero contando con un consenso ideológico-, el discurso de la “lucha contra el terrorismo” es reductivo. No incorpora países y regiones del mundo que se sientan directa o indirectamente amenazados y, además, al ser una propuesta que supone la superioridad militar norteamericana, al contrario del marco anterior en que la competencia económica era menos desequilibrada, llevaría a los que adhiriesen al mismo a subordinarse a la tutela de los Estados Unidos.

La superioridad militar norteamericana se consolidó con lo que los especialistas denominan: “revolución en las cuestiones militares”, una mudanza fundamental en la naturaleza de la guerra, por la aplicación global de innovaciones en los armamentos y en los sistemas de comunicación¹⁵. Comenzando con la guerra del Golfo, continuando con la de Yugoslavia y desembocando en Afganistán con una completa diversidad de satélites, misiles inteligentes, bombas silenciosas y fuerzas especiales, que evidenciaron la superioridad militar y tecnológica norteamericana, con pocas bajas humanas de los Estados Unidos. Todo contribuye entonces para que tiendan a apoyarse más directamente en la fuerza, relegando el papel del consenso en su hegemonía.

Estos elementos colaboraron para el viraje ideológico y político de los Estados Unidos. “En cuanto la retórica del régimen de Clinton hablaba de la causa de la justicia internacional y de la construcción de una paz democrática, el gobierno de Bush optó por la bandera de la ‘guerra contra el terrorismo’¹⁶. El momento del viraje fue septiembre de 2001, que abrió espacio para la construcción de la nueva doctrina y de la nueva estrategia norteamericana.

Este viraje se inscribió económicamente en el pasaje de los superávits de la era Clinton para el retorno a los déficits fiscales -típicos también de los otros gobiernos republicanos recientes, comenzando por Reagan, marcados también por políticas belicistas que sirvieron para ayudar a la reactivación de la economía norteamericana. El presupuesto para 2004 prevé casi 20% de gastos militares sobre el total de gastos públicos. Cincuenta y siete billones, de los 390 del total de gastos militares, son previstos para investigaciones de nuevos armamentos. Mientras en Europa se gasta en media 7 mil dólares por soldado en investigación militar, los Estados Unidos gastan cuatro veces más -28 mil dólares. Eso para el total de las fuerzas armadas norteamericanas calculadas en 1 millón 400 mil militares, de los cuales 250 mil están fuera de sus fronteras en 750 instalaciones en el exterior.

La hegemonía global norteamericana, en sus fundamentos, los que la proyectaron como el factor fundamental de cohesión y liderazgo del bloque capitalista, se basa en aquellos elementos teorizados como su “excepcionalidad”. Su localización y configuración geográfica por un lado, sus favorables condiciones sociales por otro, hicieron de los Estados Unidos un país privilegiado para el desarrollo capitalista. La escala continental de su territorio, de los recursos y de su mercado, protegido por dos océanos, determinan un país con características con las cuales ningún otro puede contar. Una población de inmigrantes constituyó una sociedad prácticamente sin pasado precapitalista, excepto las poblaciones nativas. Con trabajo esclavo y fuertes credos religiosos, pudo contar con una impresionante trayectoria histórica. En muy poco tiempo, a escala histórica, los Estados Unidos pasaron de colonia a la potencia más poderosa de la historia. Derrotaron la mayor potencia colonial de la época, instaurando la primer gran democracia liberal en el mundo, comenzando a constituir rápidamente su región de expansión imperial, en la dirección de México, Cuba, Filipinas y el resto del continente. En poco tiempo los Estados Unidos construyeron la mayor economía capitalista del mundo, y, con la derrota de la Unión Soviética, se consolidaron como la única superpotencia mundial, en una

trayectoria fulminante, que instauró en su población la conciencia de una nación con un destino y una misión “civilizadora” en el resto del mundo.

Sobre estas condiciones y sobre esa conciencia, después de los ataques de septiembre de 2001, la nueva doctrina norteamericana encontró un campo fértil para expandirse internamente, generando no obstante un peligroso abismo sobre su potencial hegemónico interno y su debilidad consensual externa, que requiere la utilización de la fuerza. Esto, sumado al ciclo recesivo de la economía, interna y externa, genera las condiciones de turbulencia del período actual que vive el mundo bajo la hegemonía imperial norteamericana.

Una visión alternativa: la China

Qiao Liang y Wang Xiangsui, dos coroneles superiores del ejército chino escribieron en 1996, basados en los textos de Mao Tse-Tung, de Deng Xiaoping, de Chi-Haotian y de Mao-Yan, un texto publicado por primera vez en 1999, restringido a las fuerzas armadas durante cerca de dos años. El texto original tuvo tres versiones en el exterior y pasó a ser objeto de una intensa exégesis en el intento de interpretar su contenido y sus consecuencias.

El texto representa un nuevo momento en la historia de las teorías estratégicas chinas, y corresponde a fases diferentes de la línea estratégica y programática del régimen chino. La primera formulación fue la del propio Mao, que orientó la guerra revolucionaria en la lucha por el poder. Se trataba de la estrategia de guerra popular que llevó los comunistas al poder y que después pasó a ser la base según la cual, de la misma forma que en la lucha por el poder el campo cercó las ciudades, en el plano mundial serían los pueblos explotados de Asia, de África y de América Latina quienes cercarían los bastiones de los centros del capitalismo mundial, hasta poder derrotarlos.

Paralelamente, los chinos desarrollaron su poder nuclear, para poder enfrentar o evitar una guerra nuclear. Con el viraje en la política china implementado por Deng Xiaoping y por Jian-Ze-Ming, China fue abandonando la idea de la guerra global contra el imperialismo y el capitalismo. La nueva estrategia militar, correspondiente al pasaje histórico de China para aquella que es su estrategia general de construcción del país, comenzó a preocuparse por la construcción de una base de poderío suficiente para impedir que China volviese a sufrir la humillación de las invasiones y de las ocupaciones. El objetivo esencial pasó a ser simplemente el de recomponer la integridad territorial, lo que incluía la lucha para reincorporar Hong Kong -objetivo que tuvo éxito, pero que supuso la fuerza militar y la disposición de emplearla, por parte del régimen, contra Gran Bretaña- y la disposición de hacer lo mismo con Taiwán, un caso mucho más complicado, por la tutela de los Estados Unidos en relación a la isla.

China pasó a considerar el papel de la superioridad tecnológica a partir de la guerra del Golfo, de las campañas aéreas, del profesionalismo militar. A partir de 1991, los dirigentes chinos se propusieron priorizar la modernización, la profesionalización, el adiestramiento y la planificación operativa de las unidades militares. La preparación militar se inserta en el marco de la reunificación territorial de China. La revisión del programa de misiles del país, el enorme impulso dado a las fuerzas estratégicas con el proyecto llamado Gran Muralla; la modernización de las líneas operativas de aviones de caza, con la compra de los primeros SU-27 a Rusia y de la defensa antiaérea con los misiles rusos S-300; la finalización de los proyectos Awacs, las contramedidas electrónicas, la potencialización de las fuerzas especiales y anfibas, la constitución de las fuerzas de intervención rápida; y una serie de resoluciones de seguridad, demostraban cómo China había hecho serias inversiones en su renovación militar, de comunicaciones y de seguridad. No quedaba claro contra cuál enemigo China se preparaba.

Fue en el momento de maniobras militares chinas durante la crisis con Taiwan en 1966, en oportunidad de las elecciones presidenciales de aquel año, que los coroneles chinos, movilizados para tales operaciones, decidieron escribir un libro que permitiese a las fuerzas armadas chinas reflexionar sobre su propio futuro y también sobre las transformaciones operadas en el mundo en relación a la hegemonía unipolar de los Estados Unidos. Ambos pertenecen a una nueva generación de militares chinos, que comenzaron a interrogarse sobre cómo conducir conflictos en un ambiente de alta tecnología.

La guerra limitada asumió para ellos un valor estratégico, colocando la exigencia de enfrentar una guerra limitada en el tiempo y en el espacio, pero llevada a cabo con medios modernos, como un objetivo estratégico y una meta para la modernización estructural de sus fuerzas armadas y de su equipamiento. No se abandonó la idea de la guerra total, pero la guerra limitada justificaba la constitución de nuevas fuerzas de reacción rápida. Las dificultades de dominar las nuevas tecnologías planteaban el desafío de encarar la guerra tecnológica con los medios de que realmente disponían.

Uno de los representantes de esa nueva generación de militares -el mayor general Lu Linzhi, vicecomandante de la Academia Militar de Kunming- había declarado, ya en 1995, que una guerra limitada en condiciones de alta tecnología no debería esperar el ataque del adversario, sino lanzar un ataque preventivo en profundidad contra los objetivos vitales, con el fin de debilitar la superioridad tecnológica del mismo y minar su capacidad ofensiva. Este afirmaba:

“En una guerra futura contra una agresión, todas las acciones enemigas dirigidas a dividir nuestro territorio y amenazar nuestra soberanía constituyen, en realidad, el “primer golpe” en sentido estratégico. Porque, inmediatamente efectúe la operación de ablandamiento (ofensiva estratégica) y otras operaciones contra nosotros y la guerra parezca inevitable, debemos lanzar el ataque preventivo en el tiempo justo. En el ataque preventivo es necesario considerar muchos factores. Los principales son: 1. El objetivo es debilitar la superioridad tecnológica y minar la preparación ofensiva adversaria. 2. En la predisposición del área de batalla es necesario considerar una zona de ataque en sentido tridimensional. 3. Al escoger la forma de operación es necesario considerar con particular atención la del fuego a distancia, las operaciones especiales y las de sabotaje¹⁷”.

Manteniendo el principio original de su doctrina, según la cual fuerzas inferiores pueden vencer fuerzas superiores, se torna decisivo el carácter de la iniciativa. Una iniciativa que debe destruir elementos intensos esenciales del sistema de guerra y operativo del enemigo. Solamente así será posible conducirlo a la defensiva, aliviando de tal manera la presión que su superioridad técnica y de equipamiento de fuerzas podría imponer. De esta forma sería posible mudar la relación de fuerzas en el campo de batalla y en el conjunto de la guerra. En las condiciones de transformación tecnológica bélica, la destrucción y la capacidad de resistir a la destrucción de los mecanismos y de los sistemas operativos se tornarían la acción principal de todo el proceso de guerra moderna. Lo que se altera es la sustitución del objetivo de aniquilamiento por el de destrucción estructural.

La conciencia de esa nueva generación interpreta que China dispone de un aparato militar numéricamente enorme, integrado territorial y económicamente al país, pero sin recursos para la modernización necesaria, e incluso, sin contar con personal calificado. El país tiene necesidad de tecnología muy desarrollada, sobre todo porque se considera relativamente solo en relación a un adversario con fuerzas superiores y con plazos relativamente cortos, según esta visión, para recuperar las debilidades estratégicas.

Existe plena conciencia por parte de los chinos de que la combinación entre recursos tecnológicos y financieros torna imposible alcanzar a los Estados Unidos. La vulnerabilidad norteamericana vendría no de la invención de nuevos armamentos, sino de su utilización original, que requiere capacidad de reflexión y que un pueblo de carácter pragmático como el norteamericano no distinguiría bien.

“una caída bien planificada de la bolsa, un ataque con virus en computadores provocando incertidumbre en las monedas del país adversario, difundir noticias falsas en Internet sobre líderes políticos adversarios pueden ser nuevas y originales formas de usar las armas¹⁸”.

Estos pensadores chinos llegaron a afirmar que los principales actores de la próxima guerra no serían tanto los militares, sino los civiles y en particular los *hackers*, considerando que ya en 1994 habían llevado a cabo 230 mil ataques a las computadoras del Departamento de Defensa de los Estados Unidos.

En la visión china, enemigos más peligrosos que los Estados son las organizaciones no gubernamentales, entre las cuales incluyen la Jihad islámica, las milicias civiles norteamericanas, la secta japonesa Aum, Bin Laden, pero también a George Soros, como "terrorista financiero". Las luchas fundamentales que la humanidad tiene que enfrentar en esta visión son: la manutención de la paz, la lucha antidrogas, la supresión de la violencia, la asistencia militar, la intervención en caso de desastres naturales o en la emergencia humanitaria, la lucha contra el terrorismo.

Valiéndose de un principio chino, similar al de Maquiavelo, de que conforme un fenómeno llega al extremo en una dirección, tiende a retornar en la dirección opuesta, los chinos apuestan a un cambio de rumbo. El extremo del papel de la tecnología, en este sentido, tendería a ser revertido. Así, las guerras del futuro consistirían en vencer batallas no convencionales y en saber combatir fuera del campo de batalla. "Desde este punto de vista" - dicen ellos- "los generales Powell, Schwarzkopf y Shalikashvili no son modernos, sino en verdad, militares tradicionalistas"¹⁹.

Existiría así un gran vacío entre lo que puede ser llamado convencional y moderno, un vacío que sólo podría ser llenado por pensadores profundos, por lo que ellos llaman "Maquiavelos militares". "El origen de la guerra sin límites puede ser encontrado en el gran pensador italiano del renacimiento y, obviamente mucho antes de él, en el pensador militar chino Han Feizi"²⁰.

La guerra sin límites significa para ellos superar las fronteras, las restricciones y hasta los tabúes que separan lo militar de lo no militar, las armas de las no armas, y el personal militar del civil. La combinación de los varios métodos sería el secreto de la victoria en las nuevas condiciones. Una visión restringida a lo militar sería reductiva. Acompañar el transcurso de los enfrentamientos es la condición para saber usar correctamente los diversos elementos de la guerra sin límites.

Las organizaciones supraestatales, internacionales y no gubernamentales estarían creando la nueva estructura de poder global; los Estados Unidos ya estarían actuando mediante organismos estatales para defender sus propios intereses. En cuanto los Estados Unidos modernos actúan a través del FMI, del Banco Mundial, de la OMC, de la ONU, surgen y se extienden organizaciones como las corporaciones multinacionales, las asociaciones profesionales, Greenpeace, las ONGs, en general, el Comité Olímpico, las organizaciones religiosas, las organizaciones terroristas, los *hackers*.

La tendencia sería un debilitamiento creciente de la confianza en la capacidad de las organizaciones supraestatales para resolver los conflictos. Habría una tendencia a la globalización económica, a la internacionalización de las políticas nacionales, al reagrupamiento de los recursos informativos y a la compresión del ciclo de innovaciones tecnológicas.

En la ideología del globalismo, opuesto al aislamiento, los norteamericanos están expandiendo su fuerza en la dirección de objetivos ilimitados. Esto conducirá inevitablemente a la tragedia. Una empresa con capital limitado y con responsabilidad ilimitada está destinada a la quiebra²¹.

En el siglo XXI -según los militares chinos- los soldados tendrán que preguntarse quiénes son.

Si Bin Laden y Soros son soldados, ¿entonces quién no es? Si Powell, Scharzkopf, Dayan son políticos, ¿entonces qué es un político? Esta es la cuestión fundamental del globalismo y de la guerra en la era de la globalización²².

En la conclusión, los militares chinos retoman consideraciones sobre la profundidad de la globalización, al punto de que ésta hace que el concepto de Estado-Nación, nacido en 1648 con la paz de Westfalia, no sea más el único concepto representativo que domina las organizaciones sociales, políticas, económicas y culturales. Las innumerables organizaciones meta-nacionales, transnacionales y no nacionales, unidas a las contradicciones entre países, plantean un desafío sin precedentes a la autoridad, a los intereses y a la voluntad de las naciones. Y de la misma manera que el surgimiento de los Estados nacionales ocurrió en un contexto de guerras, en la transición para la globalización, sería inevitable impedir conflictos entre bloques de intereses.

La diferencia en la actualidad es que, a pesar de la aparente importancia de los medios militares, “cualquier medio político, económico o diplomático tiene suficiente fuerza para suplantar los medios militares”²³. Pero la humanidad no debería satisfacerse, porque lo cierto es que el mundo entero se transforma en un campo de batalla; continuamos matándonos, sólo que con armas más avanzadas y con medios más sofisticados, haciendo que la guerra, aunque en cierto aspecto menos cruenta, permanezca en igual medida siempre brutal. Como la paz no es posible todavía como estado permanente, se trata de buscar la victoria.

Trascendiendo los límites tradicionales, para desenvolverse en un campo de batalla ilimitado, no es más posible confiar solamente en las armas y en las fuerzas militares para garantizar la seguridad nacional. Las guerras no pueden depender apenas de los soldados, de las unidades militares y de las cuestiones militares, sino que se vuelven cada vez más dependientes de políticos, de estudiosos y de banqueros.

Las esperanzas de que el desarrollo tecnológico permitiera controlar la guerra, después de un siglo, desembocaron en una situación en que podemos decir que continúa siendo “un caballo domado”. A pesar de los avances de la última década del siglo pasado, que posibilitaron disminuir el número de víctimas civiles e incluso militares, reduciendo -en la visión de los militares chinos- la brutalidad de la guerra, esta continúa brutal como siempre. “La única diferencia está en el hecho de que ésta brutalidad se extendió a través de diversos modos por los cuales los ejércitos se enfrentan”²⁴. Y usan los ejemplos del desastre aéreo de Lockerbie, de los atentados de Nairobi y de Dar es Salam, de las crisis financieras del sudeste asiático - como formas diferenciales de esa guerra ilimitada. Claro que habrían acrecentado los atentados de septiembre de 2001 en los Estados Unidos, como una expresión más de esa guerra.

“Esta es entonces la globalización”, concluyen ellos, para quienes se trata de captar el carácter de la guerra en la era de la globalización. Se diluyen los límites entre soldados y no soldados, entre guerra y no guerra, generando una interrelación entre todos los problemas más espinosos: “para resolver esto debemos encontrar la llave, una llave que debería abrir todas las cerraduras, si éstas son colocadas en la puerta de la guerra”²⁵. Esta llave debería ser adaptada para todos los niveles y para todas las dimensiones, de la política bélica a la estrategia, de la técnica operativa a la técnica. “En referencia a nosotros mismos, no podemos pensar en una llave mejor que la ‘guerra sin límites’”²⁶.

Hegemonía imperial: consenso y dominación

Los Estados Unidos disfrutaron de una luna de miel especial durante la década de 1990. La desaparición de la Unión Soviética abrió el campo para el reinado de una única superpotencia. Triunfaba, con los Estados Unidos, la democracia liberal, que se sumaba al predominio de la variante liberal de la economía capitalista. Precisamente los antiguos territorios del este europeo, ex-región de regímenes del campo socialista, se reciclaron como democracias liberales de economías neoliberales. El eje democracia liberal-economía capitalista de mercado-derechos humanos se convirtió en la doctrina fundamental de un poder imperial victorioso, que intervino militarmente en los años noventa, aunque para expulsar tropas de un país que había invadido otro, para llevar asistencia humanitaria a un país africano que pasaba hambre, para terminar con una “limpieza étnica”. Las tres intervenciones pudieron ser justificadas por pensadores europeos, como Norberto Bobbio, con la tesis de la “guerra justa”, o por miembros del Partido Radical de Italia, como Emma Boninno, con la tesis de la “intervención humanitaria”.

Pero el motor principal de la hegemonía norteamericana no era su superioridad militar, aunque estuviera colocada en su horizonte. Fueron los Estados Unidos quienes hicieron la guerra del Golfo, financiados por Alemania y Japón, principalmente, por defender valores e intereses del conjunto de las potencias capitalistas -dependientes de la “*pax americana*” para conseguir abastecerse de petróleo. El motor principal es el triunfo del *american way of life*. La presentación al mundo de la combinación entre democracia política -en el sentido liberal, victorioso hegemoníicamente en las décadas anteriores e identificado directamente con

democracia-, libertades individuales y progreso material ligadas al éxito en los planos económico, político y tecnológico.

La exportación de ese modelo de sociedad encontró, en el más poderoso aparato de propaganda jamás existente en la historia -la combinación entre medios de comunicación y la industria del entretenimiento-, el instrumento de su universalización. Estos componen un impresionante aparato económico, que llega a casi el mundo entero, generalizando estilos musicales, cinematográficos, de moda, informativos, próximo de una formidable homogeneización que acompaña y da alma a la globalización neoliberal. Los criterios de verdad, belleza y moral generados por estos mecanismos se extienden como nunca en Occidente. McDonald's, Hollywood, jeans, Coca-Cola, CNN, Microsoft son símbolos de la "universalidad" del *american way of life* y de su éxito mundial.

Las tesis de Francis Fukuyama sobre el fin de la historia²⁷ corresponden a la idea política de que la historia habría llegado a su último horizonte -la democracia liberal y la economía capitalista de mercado. Seguirían ocurriendo acontecimientos, pero ninguno superaría este marco histórico -su estadio final.

La resistencia a la globalización neoliberal se daría en el marco de economías precapitalistas; la resistencia a la democracia liberal ocurriría en el marco de Estados fundamentalistas, que ni siquiera instauraron la separación entre religión y política. El caso de los Estados árabes sirvió como ilustración para reforzar este argumento. La polarización entre el modelo norteamericano y el de los regímenes islámicos fue paradigmática de este raciocinio. La polarización capitalismo-socialismo traducida por la ideología liberal en la oposición democracia-totalitarismo fue sustituida por aquella entre liberalismo -político y económico- y fundamentalismo.

En este sentido la obra de Samuel Huntington²⁸ es un complemento y no una desmentida de las tesis de Fukuyama. Con la finalización de la bipolaridad entre Estados Unidos y la Unión Soviética, la historia contemporánea se movería por conflictos entre civilizaciones, de los cuales el planteado entre el liberalismo -como expresión de la civilización occidental - y el islamismo sería el más álgido.

La nueva doctrina imperial norteamericana adopta las tesis de Huntington para interpretar el significado de los atentados de septiembre de 2001, retomando expresiones como "una nueva cruzada" y "eje del bien contra eje del mal", bajo un claro telón de fondo de criminalización del islamismo y de caracterización de las sociedades árabes contemporáneas -entre ellas la iraquí, la palestina, la siria, la iraní- como nuevos modelos de regímenes totalitarios. Se reactualizaba así el modelo que tantos réditos trajo a los Estados Unidos en la lucha contra la Unión Soviética: la oposición entre democracia y totalitarismo, con el "terrorismo" sustituyendo la "subversión" atribuida a los partidos comunistas y a los movimientos guerrilleros del período histórico anterior.

No obstante, al mismo tiempo, al darle un fuerte contenido militar, haciendo valer la incuestionable superioridad norteamericana en ese plano, otorgó un destaque radical a la fuerza, en detrimento del consenso. Éste se asentaba en la capacidad de expansión de la economía norteamericana, revertida en el pasaje del siglo XXI, debilitando así las tesis del libre comercio como pasaporte para seguir el éxito económico norteamericano.

La guerra de Irak representa el momento máximo de unilateralismo y de utilización de la superioridad militar de los Estados Unidos como potencia hegemónica. Los Estados Unidos ganan en capacidad unilateral de acción, pero se aíslan y profundizan divergencias en el bloque de potencias dominantes y en órganos internacionales como la ONU y hasta la misma OTAN.

Sin embargo, este énfasis no agota, sino que apenas disminuye la importancia del modelo de sociedad que los Estados Unidos exhiben al mundo como expresión de éxito de su democracia y de su economía. Gran parte de los países del mundo sigue dependiendo del mercado norteamericano; la imagen del estilo de vida norteamericano continúa ejerciendo su fascinación; los medios de comunicación norteamericanos siguen teniendo un peso determinante en la formación de la opinión pública mundial. En tanto no surjan nuevas alternativas de construcción de sociedad, que construyan sistemas políticos democráticos, economías y formas de sociabilidad alternativos, el poder de atracción de los Estados Unidos

continuará siendo un elemento de fuerza de la capacidad hegemónica norteamericana, aún cuando determinados gobiernos puedan colocarlo en segundo plano.

La lucha antiimperialista en el nuevo siglo

La lucha contra la hegemonía imperial norteamericana en su forma actual precisa, en primer lugar, evitar la trampa de la militarización, que desvía para el campo de los enfrentamientos de fuerza la lucha entre los Estados Unidos y sus enemigos. Líneas de acción como las de los palestinos y las guerrillas colombianas, justamente en los dos epicentros de la “guerra infinita”, de respuesta violenta, tienden a fortalecer la generalización de los enfrentamientos militares, en una correlación de fuerzas muy desfavorable, que bloquea la posibilidad de victorias como las obtenidas en el período histórico anterior.

Cuando estaba vigente la bipolaridad mundial, fueron posibles victorias contra los Estados Unidos, por ejemplo, en Cuba, Vietnam, Irán, Nicaragua, entre los años 1959 y 1979 -mediante estrategias insurreccionales. Situadas en zonas de disputa -en los casos de Vietnam e Irán, o valiéndose del factor sorpresa, fueron impuestas derrotas a los Estados Unidos, bajo el telón de fondo del equilibrio político-militar entre las dos superpotencias.

La década de 1990 introdujo las luchas antiimperialistas en un nuevo marco -el de la unipolaridad mundial. Sus efectos no tardaron en sentirse: el fin del régimen sandinista, y la reconversión de la guerrilla salvadoreña y guatemalteca a la lucha institucional, fueron algunas de las consecuencias directas de la nueva correlación de fuerzas a escala mundial. Todos esos virajes tuvieron que ver, directa o indirectamente, con el cambio radical en la relación de fuerzas internacional. Los tres movimientos en los países centroamericanos buscaban la ruptura con el sistema de dominación norteamericano. A partir de aquel momento, con la hegemonía de los modelos neoliberales, la lucha pasó de un carácter antiimperialista a la lucha de resistencia al neoliberalismo, en el horizonte de la economía capitalista.

La tónica en esta lucha fue trasladada a la resistencia de movimientos sociales a los proyectos regresivos ligados a la prioridad del ajuste fiscal y de políticas de mercantilización, y a la crítica social y moral contra las consecuencias negativas de esas políticas. Salvo Colombia, cuya situación siguió la misma dirección de las décadas anteriores, en el resto del continente se transformaron en luchas sociales, culturales y políticas en el plano institucional, dislocando el enfrentamiento en el plano militar.

Los mayores éxitos en esta lucha se dieron por la catalización del rechazo popular a las políticas de ajuste fiscal -como en los casos venezolano, brasileño y ecuatoriano-, que plantean la lucha antineoliberal como el marco contemporáneo de la lucha antiimperial. El tema de la guerra se suma a él, en la medida que el gobierno Bush asocia estrechamente el futuro de la hegemonía norteamericana en el mundo a la capacidad de exportar su modelo para países y regiones con trayectorias muy diferenciadas.

La segunda guerra de Irak puede abrir, más rápido de lo que se podría suponer, espacio para un mundo multilateral, más allá del unilateralismo norteamericano, de acuerdo a los grados de desgaste y principalmente de acuerdo a la capacidad de articulación de los que se oponen a la posición belicista norteamericana, especialmente gobiernos europeos como los de Alemania y Francia, y gobiernos latinoamericanos como el de Brasil, además de eventualmente Rusia, China y otros que no desaparecen automáticamente bajo la hegemonía de los Estados Unidos. Grupos como los anti-G8 pueden desempeñar el papel de articular los principales países del sur del mundo, como Brasil -invitado a presidir-, la India, China, Sudáfrica, o México, Indonesia, Nigeria, entre otros.

Más que nunca, la entrada del siglo XXI es la de la disputa por una nueva hegemonía y contra la hegemonía norteamericana, por la emancipación y contra la dominación imperial.

Notas

- 10 Ver Perry Anderson, "To Baghdad", *New Left Review*, n. 17 (nueva fase), sept./oct. 2002.
- 11 Robert Kagan, *Poder y debilidad*, Madrid, Taurus, 2003.
- 12 Idem, *ibidem*.
- 13 Idem, *ibidem*.
- 14 En Lucia Annunziata, *No - La seconda guerra iracheana e i dubbi dell'Occidente*, Roma, Donzelli, 2002, p. 112.
- 15 Ver Perry Anderson, "Force and Consent", *New Left Review*, n. 17 (nueva fase), sept./oct. 2002.
- 16 Idem, *ibidem*.
- 17 Qiao Liang y Wang Xiangsui, *Guerra senza limite*, Gorizia, Libreria Editrice Goriziana, 2001, p. 16.
- 18 Idem, *ibidem*, p. 22.
- 19 Idem, *ibidem*, p. 25.
- 20 Idem, *ibidem*, p. 25.
- 21 Idem, *ibidem*, p. 26.
- 22 Idem, *ibidem*, p. 26.
- 23 Idem, *ibidem*, p. 192.
- 24 Idem, *ibidem*, p. 193.
- 25 Idem, *ibidem*, p. 193.
- 26 Idem, *ibidem*, p. 193.
- 27 Francis Fukuyama, *O fim da história e o último homem*, Rio de Janeiro, Rocco, 1989.
- 28 Samuel Huntington, *O choque de civilizações*, Rio de Janeiro, Objetiva, 1997.